

## BIBLIOGRAFÍA

“no hay habilidades ni capacidades que puedan asegurar el éxito, especialmente en un mundo que está al revés, y donde los que ponen las reglas de juego son necios” (p. 163)

En definitiva, un comentario que, sin renunciar al nivel científico, ha sabido como crear un lenguaje con el que comunicarse con el lector medio que quiere orientarse en este singular libro que, como dice el autor, a propósito del poema final (12, 1–8): “es una exhortación a vivir, a aprender a hacerlo” (p. 185). [Miren Junkal Guevara Llaguno]

Vernier, J.–M. *S'ouvrir à la métaphysique. Un chemin pour tous*. Paris: Éditions Hora Decima, 2022, 234 pp.

En esta nueva obra de Jean–Marie Vernier encontramos una breve pero informativa y seductora introducción a la metafísica que presenta tanto sus orígenes como su tratamiento contemporáneo. Desde nuestro punto de vista, el propio título del libro ejerce como su mejor resumen: *abrir un camino a la metafísica para cualquier persona*, y ello sin tomarla como un objeto anacrónico que destruir o caricaturizar, sino, más bien, como una disciplina incomprendida e injustamente arrinconada hoy.

Muchas son las bondades de este texto que, por razones de espacio, resumiremos en cinco puntos. En primer lugar, el lenguaje utilizado en cada una de las páginas ayuda al neófito a adentrarse en este campo y, sin embargo, ello no desvirtúa lo más mínimo la profundidad y rigor de cada tema tratado. A ningún profesor de metafísica puede pasarle desapercibido el rictus del alumnado al tomar conciencia de los vericuetos del lenguaje metafísico y descubrir que cada palabra significa más de lo que dice; Vernier hace patente este hecho de manera sencilla, aunque sin evitar adentrarse en debates terminológicos (v. gr. metafísica como *sophia*, metafísica como conocimiento de principios...) y sin miedo alguno a presentar términos latinos en sus explicaciones (huyendo del uso impostado de los mismos). Sin duda, este punto es uno de los más atractivos de la obra, puesto que actualiza las clásicas y profundas explicaciones de la metafísica haciéndola asequible a cualquier público interesado.

En segundo lugar, el libro incluye numerosos fragmentos de textos clásicos y contemporáneos de la historia de la metafísica que complementan e iluminan las explicaciones, aportando un contexto crucial tanto a los conceptos como argumentos presentados. A su vez, junto a ellos encontramos distintos esquemas que resumen y relacionan los puntos fundamentales de cada tema. Así, a lo largo de la obra podemos encontrar cómo define Aristóteles el principio de causalidad y, acto



seguido, cómo el propio Vernier articula las palabras del Estagirita para llegar a su rechazo a una metafísica desligada del mundo fáctico. Pese a todo, este destacable punto positivo posee también un envés un tanto perjudicial, ya que su localización en la obra (tanto de los textos como de los esquemas) en ocasiones impide seguir el hilo conductor de la explicación. Es cierto que cada capítulo posee un apéndice donde, habitualmente, encontramos dichos elementos, pero con demasiada frecuencia aparecen insertos extemporáneamente en las explicaciones, poniendo al lector en un debate interno: continuar con el argumento o seguir fielmente la edición. Ciertamente, este hecho no reduce el valor de los elementos de apoyo, pero sí dificulta la completa intelección de los temas (y, por ende, de los propios fragmentos y esquemas).

En tercer lugar, la organización interna del libro en cinco partes, que van desde la definición del concepto “metafísica” hasta su intento de renovación (pasando por la revisión de sus críticas más famosas y el análisis del sujeto que la cultiva), favorece sobremanera la progresiva introducción en la disciplina, huyendo de los saltos temáticos o las lagunas argumentativas que aumentan las dudas y reticencias de los lectores. Esta característica, que puede parecer baladí a los versados en la materia, se hace crucial en nuestra contemporaneidad, puesto que es infrecuente en los manuales de metafísica encontrar explicaciones que no presupongan un conocimiento medio–alto de la Historia de la Filosofía (ello debido a la consideración de la metafísica como el cénit de esta última).

Ahora bien, todas las características antes reseñadas no tendrían pleno sentido si no estuvieran sostenidas por dos hechos fundamentales (los puntos cuarto y quinto de nuestro listado): el profundo conocimiento que el autor posee del ámbito de la metafísica y el uso constante de bibliografía actualizada y especializada. J.–M. Vernier toma como base dos puntales de la metafísica francófona actual: Claudine Tiercelin y Jean Grondin, siendo su piedra de toque la conexión entre metafísica y facticidad (partiendo de la interpretación aristotélica de la metafísica como conocimiento de los primeros principios de la realidad). Así, el eje vertebrador del libro puede localizarse en la confrontación *metafísica–patafísica*<sup>1</sup> (p. 10), entre verdadero y científico estudio de la realidad y mera creatividad e imaginación; entre una positiva y veraz y otra negativa y distorsionada perspectiva sobre la metafísica. Tampoco pasará desapercibido al lector ducho en la materia la importancia que cobran en la argumentación el principio de causalidad, el de no–contradicción y la misma raíz de la metafísica: el mundo que nos rodea y nuestra capacidad para conocerlo. Esto sitúa al texto y a su autor en una corriente de renovación de la metafísica alejada del famosísimo (y poderoso) neotomismo, encontrando un punto clave para descubrir los fundamentos últimos de la realidad no en el *quidquid movetur*, sino en la causalidad.

Sin embargo, el fecundo diálogo que Vernier realiza con la tradición, unido a su perspectiva sobre la metafísica y la principalidad de la causalidad, le conducen a una conclusión que, desde nuestro punto de vista, representa, por un lado, un salto racionalmente injustificado y, por otro, una vuelta a la consideración negativa que el propio autor desea rechazar. Dicha conclusión es la *culminación* (o *identificación*) de la metafísica en la teología natural. A la santo Tomás, nuestro

<sup>1</sup> Este último concepto fue acuñado por Alfred Jarry (1873–1907).

## BIBLIOGRAFÍA

autor considera que el principio de causalidad remite necesariamente a una causa última, y esta es “aquello a lo que todos llaman *Dios*”. Este salto de la causa última a la divinidad encarna la extralimitación del metafísico, conduciendo a lo que el propio Vernier quiere evitar: confundir *meta-* con *pata-*física. Quede nuestra consideración como la muestra de la riqueza, amplitud y vivacidad de la metafísica, así como una llamada de atención a quienes consideran que las primeras espadas y los eruditos nunca comenten errores ni se alejan de sus pretendidos objetivos. Muchos son los que desean recuperar la antigua imagen de la metafísica y, pese a tener un objetivo común, poseen diversas vías (con diferentes medios y perspectivas) por las que alcanzarlo.

Pese a todo, no podemos sino aplaudir a Jean-Marie Vernier en su búsqueda por conseguir una “metafísica científica” (p. 22) apoyada en el razonamiento, la argumentación y el conocimiento de la realidad (*i. e.* las ciencias físicas), logrando así colmar el “irreprimible deseo humano” de buscar conocimiento (*ibid.*) a través de sus “capacidades naturales” (*ibid.*). Confiamos en que este nuevo libro ayudará a todos a adentrarse en la riquísima disciplina metafísica, poniendo en valor su lugar preeminente en el conocimiento de la realidad y del propio ser humano. [José Carlos Sánchez-López]